

"Si se recalca desde el sur se deberá reconocer el Morro Jara y gobernar, en seguida, sobre el fondo de la Bahía Moreno, manteniéndose a 4 ó 5 millas de tierra. Cuando el puerto demore al 560 se verá el Ancla. Se continuará barajando la costa a la distancia indicada hasta ~~X~~ que el ancla demore al 1010 y gobernando hacia el puerto se lanzará el ancla en más o menos 30 metros, como a l cable al oeste de las boyas de la rada exterior." (Derreterero de la costa de Chile.)

~~El mismo estaba~~ <sup>El mismo estaba</sup> ~~era~~ <sup>era</sup> como dorada y se parecía, con su aire de suavidad, a la Jean Bennett o a la Elizabeth Bergner. Se peinaba al lado, y el pelo, lacio, le caía sobre los hombros. ~~era~~ <sup>era</sup> ~~construido~~ <sup>construido</sup> con los mejores y más finos materiales que puede proporcionar un pueblo: piel, color, cabello, modales, tamaño, movimiento, ~~X~~ el capitán, el primero y el segundo pilotos, el sobrecargo, el ingeniero de máquinas y los marineros, ~~todos~~ ~~los~~ que la miraron y remiraron durante ~~los~~ ~~breves~~ días de viaje, habrían dado cualquier cosa ~~para~~ <sup>por</sup> que se dignara mirarlos y ~~habrían~~ apostado su vida a que la querrían hasta la muerte si en esa mirada hubiese un poco de amor. ~~de~~ ~~condenara~~ ~~quizá~~ ~~habrían~~ perdido. No miré a nadie con ninguna mirada especial y nadie ~~tuvo~~ ~~necesidad~~ ~~de~~ dar ni ~~de~~ arriesgar nada. Parecía saber ~~qué~~ ~~mujer~~ ~~era~~ ~~y~~ qué podría significar una mirada suya, una de esas miradas que se esperaba y se deseaba. Cuando ~~se~~ ~~bajó~~ ~~bajo~~ ~~la~~ <sup>ya</sup> escala y el pasaje recibió permiso para bajar, fue la primera en hacerlo. Una sonrisa y un breve saludo fueron el regalo que dejó a los que la miraron y remiraron.

--Que le vaya bien, señora.

--Adiós; muchas gracias.

Bajó. Detrás bajó su ama, la Celedonia, tan seria como su patrona.

--¿Este es el mentado Antofagasta, Clarita?

--Este mismo, Celedonia.

--Tanto que hablan y lo estoy encontrando más bien chicón.

Desde la lancha, la Celedonia miró hacia arriba. Todos o casi todos los hombres del barco estaban ahí, afirmados en la barandilla, mirando hacia abajo.

--No he visto rotes más mirones.

Clara Errázuriz sofocó una risita.

Días después, al regresar ~~del norte~~ del Callao <sup>de</sup> un poco más arriba, ~~tal vez~~ de La Libertad o de Panamá, los mismos hombres miraron a las mismas mujeres.

--Ahí están -- murmuró la Celedonia --. Parece que no se hubieran movido. ~~de más~~

--Ahí viene otra vez -- dijo el marinero de guardia en la escala.

El segundo sobrecargo, joven, delgado, buen mezo, inexperto aún, no le perdió movimiento mientras subía y se adelantó a recibirla y le tomó el maletín que llevaba en la mano derecha.

--¿Ya de vuelta, señora?

--Sí. Ya voy de vuelta.

"De vuelta de todo", le dieron ganas de añadir.

El capitán la miraba también, desde el puente, en tanto el segundo piloto, que anotaba ~~algo~~ <sup>de</sup> ~~mientras~~ miraba por una escotilla, parecía, más que mirarla, medirla centímetro a centímetro. Era una señora, una señora ~~fiorent~~ joven y una de esas mujeres de quien se habla al decir que las ~~mujeres~~ chilenas son hermosas. Era hermosa de sobra y también señora de sobra. El hombre que la miraba, ~~cualquier hombre~~ siempre que no fuese muy estúpido y supiese sacar algo en limpio después de mirar a un ser humano, sentía, ~~se~~ se daba cuenta, advertía, que aquella preciosa mujer, a pesar de su aspecto de seriedad y de señorío, era una ~~mujer~~ <sup>señora</sup> que esperaba que los hombres se condujesen con ella como hombres, es decir, que la protegieran, que la ayudaran, sí, por favor, ayúdeme, pero que, al mismo tiempo, la respetaran, sí, señora, por supuesto. Por supuesto, todos habrían estado dispuestos a ayudarla y a respetarla, a discutir o a pelear por ella, no tenga cuidado, aquí estoy yo, pero era demasiado linda, increíblemente ~~linda~~ <sup>señora</sup> atractiva, y los hombres se veían, por una parte, empujados a ayudarla y a defenderla, y por otra, a adorarla. ¿Qué hacer? Era difícil saberlo, sobre todo porque además de su belleza y señorío llevaba apellidos que impenía ~~a~~ a los hombres, a cualquier hombre, un gran respeto. Sólo con un apellido de igual categoría podía un hombre acercarse

a ella con cierto aplomo, siempre que, a pesar del apellido, no fuese un tímido. Pero si uno se llamaba de cualquier manera humilde, con un nombre y dos apellidos comunes, sólo si se tenía una gran personalidad y una idea clara sobre el valor cierto de los apellidos <sup>y del ser humano</sup> podía tenerse ánimo para acercarse y hablarla. Ella, sin embargo, parecía pedir ayuda y protección a todos los hombres, sin distinción de nombres o de apellidos. ~~Se dirigía a los nombres.~~ Pero era hermosa y atrayente y llevaba grandes apellidos y eso la alejaba, a pesar suyo y en cierto modo, de muchos hombres y de muchas mujeres.

--Sí, Clara Errázuriz de Larraín.

Tres mil quilómetros hacia el norte o dos mil quinientos hacia el este, en Lima o en Buenos Aires, aquellos apellidos eran exóticos y no decían nada a nadie. Pero estaba en Antofagasta y el subdirector del diario sintió que algo lo empujaba desde abajo hacia arriba, obligándolo a levantarse. Llevaba dos apellidos comunes, casi apellidos de la zona -- los apellidos aristocráticos o pseudoaristocráticos eran todos del centro del país --, y jamás había conocido ni visto a nadie que llevara como propios apellidos como aquellos. Además, muy rara vez o nunca una mujer tan linda. Sintió, lo mismo que los capitanes, los pilotos y los marineros, deseos de ayudarla, al mismo tiempo que de amarla.

--Llamé esta tarde y me dijeron que el director del diario llegaría a las seis.

El subdirector del diario hizo tomar asiento a la señora, se cercioró de que estuviese bien sentada, se sentó él después y contestó:

--Sí, en efecto, llegamos a las seis. Por desgracia, el director no está. De modo que tendré que atenderla yo. Usted dirá, señora.

Clara Errázuriz no contestó. A pesar de sus dos apellidos sentía un poco de vergüenza y quizá si la vergüenza se debía a esos dos apellidos. Tenía que preguntar cosas que no eran difíciles, pero temía a las respuestas. Si se hubiese apellidado de otro modo no le habría importado, pero con esos apellidos sí le importaba. Inclino la cabeza y el subdirector la miró a su gusto. Miéchica. ¡Qué <sup>linda</sup> hermosa era y qué <sup>linda</sup> sencilla y

*vestida*

~~pregante~~! Volvió a sentir el mismo ímpetu: ayudarla y amarla. A ella la habían amado, pero no la habían ayudado. Por eso estaba allí. El subdirector no lo sabía.

--Yo iré -- dijo doña Sara, su suegra, cuando ~~ella~~ <sup>clara</sup> resolvió venir al norte.

--No; iré yo -- replicó su cuñada, María Fernanda.

Peró María Fernanda estaba en momentos difíciles ~~con su marido~~ y doña Sara no tenía ya muy buena salud. Sus padres también se ofrecieron, pero ella rechazó a todos.

--Tengo que ir yo.

Su marido decía, mientras vivió con ella y después, que era una de las mujeres a quienes todo se lo arregla el padre o la mamá, una mujer sin iniciativa, sin carácter, incapaz de decir sí o no en una discusión. Iba a demostrar que no era así. Iría ella. Y ahí estaba.

--¿Por qué no escribes?

--No quiero escribir.

--¿Qué te ha dado?

--Estoy aburrida de que me lo hagan todo.

El subdirector esperaba.

--Señor, ¿conoce usted a Fernando Larráin Sanfuentes?

El subdirector levantó la cabeza: "Otros dos apellidos."

--No señora; no tengo el gusto.

--¿Nunca ha oído hablar de él?

El subdirector reflexionó unos segundos. Decididamente, no. No era de Antofagasta sino de más al norte, de Iquique, aunque eso no tenía importancia: tampoco en Iquique había gente empingerotada, como él decía.

--No, no he oído hablar de él.

--¿Hace mucho tiempo que trabaja usted en este diario?

--Muy poco, tres meses apenas. Pero deme algún dato de ese señor.

¿Vive aquí?

--No sé si vive aquí todavía y esa es una de las cosas que quiere averiguar; pero trabajé en este diario. Fue subdirector, es decir, tuve el mismo puesto que usted tiene ahora.

El subdirector la miró.

--¿En este diario? ¿Hace mucho tiempo?

--No, un año o un poco más.

--Fernando Larrain Sanfuentes... Dígame...

Clara Errázuriz se ruborizó a tal extremo que el subdirector estuvo a punto de levantarse y arrojarse a sus pies para decirle que no se avergonzara de nada, que no temiera nada, que él estaba ahí y que estando él ahí no debería temer nada ni avergonzarse de nada. Pero ella sabía lo que le iban a preguntar, <sup>se</sup> se dio cuenta, por cierto tono de la voz del joven, que le iba a preguntar algo que le dolería o la haría avergonzarse.

--Dígame...

El hombre se detuvo y miró a Clara. ¿Qué tendría que ver ella con aquel hombre? No recordaba el nombre y los apellidos de aquel señor, pero bien pudiera ser el mismo. Cambió la pregunta:

--Ese señor, ¿es algo suyo?

Clara había logrado repenirse. Estaba decidida a cambiar, a hacerse hombre, como decía la Celedonia, ¿y qué esperanzas tenía de cambiar si a las primeras de cambio se ruborizaba, bajaba la cabeza y se quedaba muda?

--Sí, es mi marido.

Tenía un rostro más bien pequeño y era rubia, con los ojos claros. De las orejas, muy pequeñas, sólo se veía una; la otra estaba cubierta por la banda de pelo que le caía sobre el hombro. "Qué boca", pensó el subdirector. ¿Cómo sería el marido de esta mujer?

--Espérese. He sabido algo de un señor que estuvo aquí más o menos por el tiempo que usted dice. Se retiró, cree. Era...

Se detuvo. No quería herir a la señora.

--Era... un poco desordenado.

Clara Errázuriz estaba ya repuesta.

--Puede decirle con franqueza, señor. Era más que desordenado: era...

También ella se detuvo.

--Era o había sido o volvió a ser un borracho.

Se sintió molesta. Aquel señor no sabía nada y lo único que ganaría

hablando con él sería contarle cómo era su marido y quizá cómo era ella.

--Dígame, señor: ¿no hay aquí nadie que lo ~~conozca~~ <sup>haya conocido?</sup>?

El subdirector asintió:

--Sí. Todo o casi todo el personal del diario, es decir, los obreros. Pero hay alguien más. ¿Le interesaría hablar con él?

--Con quien sea, señor.

--Espérese. Con permiso.

Salió de la oficina. Muebles sin gracia, incómodos, ceniceros, salivadera, un estante lleno de diarios y algunos libros grandes, ¿qué libros eran? De seguro, recortes y ~~o~~ <sup>hasta era</sup> posible que fuesen revistas encuadernadas. El subdirector regresó. Venía acompañado de un hombre que sin duda era mozo del diario; vestía una chaquetita de brin color café y unos pantalones que le llegaban apenas a los tobillos. Llevaba chaleco, sin embargo, y usaba bigotito, unos bigotes recortados. Todo en él parecía regular, desde la estatura hasta el largo de los pantalones, aunque los pantalones eran más bien cortos. Tenía unos ojos redondos, que miraron ~~sem~~ asombrados a la señora que estaba allí.

--Pedro -- dijo el subdirector --, esta señora es la señora de don Fernando Larrían Sanfuentes. Cree que tú trabajaste con él. La señora quiere hacerte unas preguntas.

Los ojos de Pedro se hicieron más redondos y los pantalones parecieron encogerse un poco más. ¿Esa era la mujer de don Fernando? Puchas. Tartamudeó:

--Sí, señora, yo trabajé con él. ¿En qué puedo servirla?

El subdirector ~~post~~ se preparó para presenciar una buena escena y escuchar interesantes datos, no por maldad o mala curiosidad sino porque le parecía que todo lo que tuviese que ver con esa mujer tendría gran interés para él. Pero Clara Errázuriz reaccionó con inteligencia.

--¿Cómo se llama usted?

--Pedro Martínez, señorita.

--Muy bien, Pedro -- le dijo, tratándolo con la naturalidad con que una Errázuriz puede tratar a un Pedro Martínez que viste chaqueta de

## 7-Réplica

brin ceñer café y pantalones que llegan apenas al tobillo --, creo que usted tendrá mucho que hacer a esta hora. ¿Sería tan amable de irme a ver mañana a mi hotel? Estoy en el Continental.

Pedro, joven aún, el más joven de los que estaban allí, juntó los talones con un movimiento casi militar.

--Muy bien, señorita. ¿A qué hora quiere que vaya?

--A la hora que pueda, en la mañana o en la tarde, cuando esté desocupado. Lo espero. ¿Vendrá, no es cierto?

Pedro habría ido a cualquier parte y también habría ido el subdirector, pero Clara no necesitaba más que a Pedro. Se despidió. Los ojos de los hombres la siguieron ~~hasta que desapareció~~ <sup>hasta que se alejaron</sup> sus pasos se alejaban per el corredor hacia la calle.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

(Los dos eran altos y de ojos claros; envejecidos por la noche. Estaban ~~como~~ en las puntas de los rieles, como viejos vagones retirados de la circulación. Uno había caído y fue levantado; podía volver a caer. El otro caía ahora y el que estaba de pie lo afirmaba. Levantaron la cabeza y miraron hacia los cerros del Ancla. El sol salía en esos momentos e iluminaba la ciudad de Antofagasta. Hacía un poco de frío. Se lo habían dicho todo, todo lo habían recordado; se conocían apenas; uno conocía al otro como subdirector de un diario ~~durante una campaña en pro del bienestar de los habitantes de la ciudad el otro lo había conocido como líder obrero; pero se conocían por encima. Esta noche uno había conocido más al otro y el otro se había conocido más a sí mismo. De todos modos, y aunque no había entre ellos amistad ni mayor conocimiento, se apreciaban, aunque ahora se apreciaban más: el carpintero conversó con el futre y el futre pudo conocer ~~al~~ más al carpintero. Por suerte, la dirección de Investigaciones no estaba lejos. Fernando Larraín Sanfuentes dejaría allí a Romilio Llanca, recomendándolo al prefecto o al subprefecto: tráténle bien, ~~ya~~ ~~por a syndes~~ mañana hablaré con quien sea necesario, el diario lo ayudará, no publicaremos nada. Bien, don Fernando, pierda cuidado. Después se iría a su casa: la vieja estaría preocupada, ¿por qué habrá tardado tanto Fernando? Nunca llega tan tarde. El le contaría todo, pero no antes de que ella le contara qué le había dicho el médico: ¿estaba embarazada?, ¿necesitaba alimentación o remedios especiales?, pobre hombre, mató a su mujer. Sí, deme una tacita de té; tengo frío y hambre; después se acuesta un ratito conmigo, mientras me duermo; estoy bastante cansado, sí, démele cargadito el té. "Buenos días, don Fernando. ¿Tan madrugador?" "No, la verdad es que no me he acostado. Vengo con este amigo." "¿En qué podemos servirle? ¿Alguna información para el diario?" "No. Usted no conoce a este caballero, ¿no es cierto?" "No recuerde..." "Es don Romilio Llanca." "Sí, algo me suena. ¿Es periodista?" "No. Es director del sindicato de trabajadores~~

de mar. ¿Su nombre no le dice nada?" "Francamente..." Fernando Larrañá Sanfuentes despertó por completo, es decir, se sobrepuso a la modorra que lo ~~era~~ <sup>estaba</sup> invadiendo. ¿Sería posible que allí no supieran nada? "Dígame, ¿no tienen nada contra él?" "¿Qué podemos tener?" "Alguna denuncia." Remilio Llanca despertó también y miró a Fernando y vio que Fernando no quería que él hablara; debería estar callado. "¿Hay alguna huelga y los patrones le han denunciado como agitador? No tenemos noticia. A ver, espérese." El agente de turno no sabía nada. Remilio Llanca, sí, es conocido y varias veces hemos estado a punto de detenerlo, pero, en este momento, no hay nada en contra de él. "¿Ha hecho algo?" "No", mintió Fernando. "Leseras no más. Peleó con su mujer y creo que le dio unos puñetes. Creía él que lo había denunciado." Remilio Llanca estaba ya más que despierto, ~~pero que eso,~~ estaba desesperado. ¿Quería decir eso que la mayordoma no había ido a ver a la Rosa y que la Rosa estaba todavía tendida sobre su cama, llena de sangre, muerta, ~~bebiendo después de toda una noche, destapada,~~ o tendida en el suelo, ~~desangrándose todavía?~~ ¿Llegaría don Fernando a creer que ~~él~~ <sup>me</sup> era loco y ~~le~~ <sup>me</sup> había contado una sarta de mentiras? El subprefecto estaba amoscado: <sup>Sucesión Manuel Rojas ©</sup> ¿le estarían tomando el pelo? Pero, no, un subdirector de diario no puede hacer esas cosas. ¿Qué, entonces? Y ni Fernando ni Remilio podían decir nada allí. Uno puede contarle a un amigo, a un conocido o a alguien a quien respeta y de quien tiene una alta opinión, lo que le pasa o ~~le~~ le ha pasado, pero no puede contárselo a un policía, mucho menos en este caso. Bueno, ¿y qué? Pero tampoco se podía, al parecer, dejar las cosas así. Remilio Llanca tenía la absoluta certeza de que había hecho algo malo y el hecho de que no se supiera aún ~~en esa oficina,~~ no quería decir que no la hubiese hecho o que debiera silenciarla: de todos modos se sabría, si no ahora, unas <sup>horas</sup> o un día después. No se puede hacer desaparecer, así como así, a un muerto, mucho menos cuando uno no quiere que desaparezca sino al contrario. Pero era Fernando quien llevaba la batuta en ese momento y él quien debía hacer frente a esto. "Bueno", dijo, sin saber tampoco qué había pasado. "Acabo de matar a mi mujer", dijo aquel hombre y durante toda la noche él había visto en ese hombre a

un hombre que había muerto a esa mujer. Era muy posible que la policía todavía no lo supiera, pero también era posible... ¿qué?, no sé, pero todo es posible y lo mejor es no meter la cabeza en la boca del león. Sea pobre, pero no sea jetón. Si podemos ganar un poco de tiempo, si podemos arreglar esto de otro modo, mejor. "Buena, parece que hemos perdido el viaje. Qué le vamos a hacer. Para otra vez será." El subprefecto sonrió con una ancha sonrisa y Fernando también sonrió, aunque, en el fondo, estaba preocupado. Quién sabe, también, si la cosa sería peor. "Vámonos." El subprefecto tuvo ganas de hacer algunas preguntas más y hasta, quizá, preguntar dónde vivía el señor Romilio Llanca, pero no se atrevió: don Fernando, aunque no era de la ciudad, tenía, como subdirector de un diario y como Larraín Sanfuentes, una vara más o menos alta. "Yo también lo siento -- dijo --; me habría gustado dejar detenidos a los dos." Se rió y Fernando también se rió. Sólo Romilio permaneció serio. Dijera lo que dijera el subprefecto, él sabía a qué atenerse. Tal vez lo estaban esperando en su pieza, quizá le detendrán unos pasos más allá; no se escaparía; don Fernando le ~~había~~ <sup>había</sup> dicho que se entregara y se entregaría. Fernando ~~sentía~~ <sup>sentía</sup> en el brazo la apretada mano de Romilio. Caminaron en silencio toda esa cuadra y dieron vuelta la esquina y aún caminaron otra cuadra más sin hablar una sola palabra. Por fin, se miraron. "¿Qué habrá pasado?" Romilio reaccionó: "Don Fernando, no se moleste más. Usted estará cansado y no vale la pena que se siga molestando. Ya me ha dicho que debo entregarme y eso voy a hacer. No sé lo que habrá pasado, pero voy a averiguarlo. Cualquier cosa que pase usted la sabrá. Váyase a descansar. Si no pasa nada, lo que me parece muy raro, iré a verlo a la tarde." Fernando Larraín aceptó después de protestar que no estaba cansado ~~que quería ir con él~~ e hizo prometer a Romilio que ~~se comunicaría con él o que~~ le mandaría avisar con alguien lo que ocurriera. Fernando se fue. Romilio estuvo un momento de pie, detenido. Se sentía afiebrado, desorientado, molesto consigo mismo. ¿Por qué estaba libre, en la calle, y no en la cárcel? Quería estar preso y sufrir y llevar, quería pagar lo que había hecho. No tenía ningún deseo de librarse de nada, pues su condena ya estaba dictada y ningún juez ni ningún ministro

de certe ~~alguna~~ podía abserberlo e perdonarlo. Ya se había condenado a sí mismo. Se apuró, de prente, para llegar a su conventillo, que encontré bañado de sol. En el patio, en el medio del patio, cerca de la llave de agua, cubierto con una gruesa camiseta, el marido de la mayordoma se lavaba la cara. Lo miré como quien mira a una fantasma. "Romilio Llanca", murmuró, olvidándose del jabón que tenía en el pescuezo y del <sup>Rolito</sup> ~~agua~~ que se perdía lastimosamente en el suelo. "Qué le pasó." "Ese es lo que quiero saber", respondió Romilio. "¿Qué pasó aquí anoche? ¿Qué pasó con la Rosa? ¿Dónde está su mujer? Yo hablé anoche con ella." El hombre recogió un poco de agua con la mano y se la pasó por la cara; un ojo le ardía un poco: el jabón era un jabón de los llamados brutos, para lavar ropa. "Mi mujer está durmiendo. Pasó casi toda la noche afuera. Y usted se mandó cambiar y la dejé con ese tremendo clave." Romilio sintió deseos de bramar. "Buena", gritó, exasperado. "Tiene usted toda la razón. Me he portado como un canalla, le pido perdón de rodillas, pero dígame qué es lo que pasó." No había pasado nada que no estuviera dentro de lo natural. "Cuando usted se fue...", empezó el hombre. "¡No!", gritó entonces Romilio. "¡Dígame dónde está la Rosa!" No se atrevió a gritar que lo quería era saber dónde estaba el cadáver de la Rosa. Además, en los ademanes del hombre y en sus palabras había algo que le hizo sospechar que, al revés de lo que el hombre decía, que no había pasado nada que no estuviera dentro de lo natural, había ocurrido algo que a él le iba a parecer que no era natural. La Rosa debería estar muerta, debe estar muerta, y este hombre habla como si no estuviera muerta. ¿Por qué la mayordoma, la mujer de este hombre, ha estado toda la noche despierta cuando bastaba ir a la pieza, ver <sup>muerta</sup> ~~que~~ la Rosa, ~~debe muerta~~ avisar a la policía, decir quién era el marido de la Rosa, el hombre que le había dicho que fuera a verla porque estaba enferma, y después dejar que eso siguiera el curso que debía seguir? "La Rosa está en la Asistencia Pública", dijo el hombre, echando <sup>le</sup> otra manotada de agua, seguida de otra manotada. Romilio Llanca estaba llerando cuando el marido de la mayordoma terminó de sacarse el jabón que tenía en las orejas. La Rosa no estaba muerta y todo lo que él había hablado era una

pura babosada. ¿Cómo podía ser? Un hombre salió de la pieza próxima, miró al marido de la mayordoma y a Remilio, saludó, le contestaron cualquier cosa que parecía un saludo y se fue. El hombre se secaba. "Sí, pues, en la Asistencia Pública. Mi mujer me contó lo que había pasado: cuando llegó a la pieza se dio cuenta de que la Rosa estaba apuñaleada, le salía la sangre a chorros, pero la vieja no se asustó, la tapó un poco, se fue a la esquina, al almacén, despertó a don Pedro, el despachero, y le hizo que llamara a la Asistencia, que vino al tiro, está recerca, y se la llevaron, y la vieja fue con ella. No sé lo que le hicieron, pero no se murió y hasta pudo hablar con la vieja. El paco le ~~había~~ preguntado qué le había pasado a la mujer, ~~pero~~ le dijo que no sabía y le preguntó si era casada y le dijo que sí, pero que el marido estaba trabajando en una salitrera. ¿No le pegaron, entonces? ¿Cómo viene así?" "Quién sabe, pues; pregúntele a ella. A lo mejor se ha querido matar. Parece que el hombre la quiere dejar. Es una mujer muy artillosa. Le echó la tremenda mentira. ~~A la Rosa le preguntaron también, pero ella dijo que nadie la había pegado.~~ Y ahí quedó la cosa. Ahora está durmiendo. No lllore, pues; estas son cosas que pasan. Además, si fue usted el que le pegó esos chuzazos a la Rosa, sus razones tendrá y para qué nos vamos a meter nosotres. Cada uno carga con sus culpas y se las arregla como puede. Ocúpese de la Rosa ahora. A lo mejor va a necesitar algo, comida, ropa, no sé." Se secó las lágrimas y el hombre le dijo: "Entre para acá. Le daré una taza de té. A lo mejor la vieja despierta luego." Remilio Llanca se dio cuenta de que no tenía para dónde ir. ¿Debía, de todos modos, ir a Investigaciones e al retén y confesar que había sido él quien había herido a la Rosa? Decidió que no. Algo le dolía terriblemente y ese dolor no se le quitaría si confesara que había herido a la Rosa. Además, su mujer no estaba muerta, estaba viva, y él debería preocuparse de ella ahora; no podía abandonarla. No tenía a nadie en Antofagasta, a nadie más que a él, que había querido matarla. "Gracias, Guillermo", murmuró, y entraron a la pieza. Era la única pieza del conventillo que disponía de una cocinita y el hombre se metió a ella luego de dejarlo instalado en el dormitorio-comedor, sentado cerca de la mesa. "Voy a traer el desayuno. Quédese tranquilo." Se fue. Y apenas se fue, la

mujer, la mayordoma, se revolvió en la cama y como encontrara alguna dificultad en la ropa, que se le había enredado en el cuerpo, despertó. Su mirada recorrió la imagen de Romilio, pálido, demacrado, lleroso, conteniéndose para no hacer algo terrible, para matarse, por ejemplo, para romperse la ropa a tirones, para tirarse de cara al suelo y machacarse hasta el alma. "Romilio Llanca", murmuró la mayordoma, extendiendo el brazo hacia él. Tal vez creía ver un fantasma. "Romilio Llanca, pobrecito. Creí que te habías arrancado." Era una mujer de alrededor de cuarenta años, esa edad en que la mujer adquiere toda su ternura y toda su dulzura, como si la experiencia ~~de la vida~~ hiciera madurar adentro de ella lo que antes no estaba más que verde. Era una mujer blanca, gruesa, peinada con trenzas, unas <sup>lajas</sup> ~~trenzas~~ gruesas. Su camisa era de tecuye, un lienzo basto, sin adornes, nada más que para cubrirse. "Pobrecito Romilio Llanca." Cuando don Guillermo entró con las tazas de té Romilio Llanca, afirmado en la mesa, sollozaba y se quejaba ~~h-gritosa~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

No era mucho lo que Pedro pudo contar. Es cierto que estuvo en el diario mientras Fernando Larrain Sanfuentes fue subdirector, pero, nada más que mozo, anda a buscar esto, llévate esto, arregla los muebles, barre, hay que encerer, no tuvo oportunidad de conocerlo ni de saber gran cosa de él. Sí, era simpático, sencillo, amistoso, bueno para las bromas, ingenioso para las conclusiones y los juicios, siempre dispuesto a ayudarlo a uno, pero, francamente... Sí, una o dos veces me mandó a su casa. Vivía en una cisterna, más o menos bien, nada elegante, pero limpio. El andaba también limpio, nada elegante, pero se veía bien, parecía que con poco le bastaba para verse bien. Pero no era eso lo que Clara quería saber. Quería saber, en primer término, si estaba todavía en Antofagasta y, si era posible, en qué parte. No se le ocurrió pensar que no estuviese en ninguna, es decir, que hubiese muerto, aunque entraba en lo posible que así fuese. Dejar de escribir de pronto, callar durante meses, desaparecer, olvidar que se tiene madre, hermana, un cuñado que manda dinero y consigue puestos y, lo que a cualquiera le parece más importante, mujer e hijos, no es normal. ¿Dónde está su marido? ¿Por qué ~~está~~ callado? ¿Se había ido de Antofagasta, para dónde? Las noticias recibidas por Alfonso Cruchaga no dejaban lugar a dudas.

--Fernando dejó el empleo -- dijo Alfonso.

--¿Lo dejó?

--Sí, así dice la carta.

--¿Está enfermo?

--No; parece que volvió a las mismas.

--¿A tomar?

--Sí.

María Fernanda estaba segura de que su hermano volvería a beber. No lo dejaría nunca.

--Parece que empezó a llegar curado, primero un poco y después mucho,

es decir, muy seguido. Por fin, se retiró. Dejé una carta: no estaba en condiciones de atender el puesto. Y se fue. El director le comunicó al gerente general y éste me lo contó anoche.

--Pero pasó bien bastante tiempo.

--Claro. Enteré el año en el empleo.

--¿Cómo aguanté tanto?

--Quién sabe.

Hube un espacio de tiempo en que nadie supo qué pasaba, aunque las noticias eran buenas. Pasaron de malas a buenas de un momento a otro, casi sin transición, y de nuevo de buenas a malas. ¿Qué ocurrió? Nadie lo supo y él no dio explicaciones. Al principio dije que estaba bien, que creía haber superado su problema y que por favor le ayudaran, que le mandaran ropa y dinero, pero que, más que nada, necesitaba un empleo. Estaba dispuesto a dar cualquier garantía de que lo que afirmaba era serio y hasta ofrecí ir a Santiago. Alfonso le mandó de todo e hizo que el gerente del diario se entrevistara con él. El gerente informó que el señor Larraín Sanfuentes parecía persona correcta e inteligente; estaba vacante el puesto, era preciso llenarlo, no era un puesto difícil y el gerente general, accediendo al pedido de Alfonso, director de la compañía salitrera dueña del diario, procedió a nombrarlo. María Fernanda no daba crédito.

--No durará nada.

--Cállate. No seas pájaro de mal agüero.

--Pero, ¿qué le habrá pasado que ha dejado de tomar? No durará mucho. Duró, dos meses, seis meses, diez meses. Y de pronto, <sup>caído</sup> ~~al suelo~~. ¿Qué pasó antes y qué pasó después? ¿Por qué subió y por qué cayó?

--Yo no sé, señorita.

Pedro sabía poco, aunque un poco más de lo que creía. Clara sospechó que si lo dejaba contar lo que quisiera o lo que él creía saber, no sacaría gran cosa en limpio. Era necesario interrogarlo.

--¿Nunca lo vio fuera de la oficina?

--Muy poco, señorita.

--No sabe la vida que hacía.

--No, señorita.

Pedro sabía una cosa, una cosa que él siempre creyó que no tenía importancia y que ahora, de pronto, la tomaba. No la diría, sin embargo, a menos que se lo preguntaran directamente. Pero Clara no tenía por qué preguntársela, no se le ocurriría preguntársela.

--Usted no sabe por qué mi marido dejó su empleo.

--Bueno, señorita, eso lo supimos todos. Don Fernando empezó...

--Sí. Empezó a beber, a tomar, llegó borracho varias veces.

--Sí, señorita.

Pedro quedó asombrado: la señora no tenía empacho en decir que su marido era un borracho.

--Usted dijo que una o dos veces fue a la casa en que vivía don Fernando.

Pedro se asustó.

--Sí, señora.

Fue la Celedonia la que intervino. Oyó, durante largo rato, el desabrido diálogo de su niña y del hombre y logró aburrirse. Le pareció que debía meterse. Pedro vio venir la pregunta: aquella señora parecía muy entradora.

--Y esas veces que fue, ¿entró a la casa?

Pedro miró a Clara y tragó saliva.

--Sí, señora, entré.

--¿Qué fue a hacer allá?

--Una vez me mandó don Fernando con algo que compró en un restaurante y otra me mandó con unos remedios.

--¿Para quién eran los remedios?

--No sé, señora.

--Ah.

Clara Errázuriz sintió que algo se despajaba en alguna parte, dentro de ella y en el pasado o fuera de ella y en el presente. "Mandó remedios." ¿Para quién? La Celedonia la miró de reojo y decidió seguir. ¿Hasta cuándo Clara Errázuriz viviría en el mejor de los mundos?

--Y... ¿quién recibió esa comida y esos remedios?

Pedro miró de nuevo a la Clara, pero Clara no lo miraba.

--Una señora...

--¿Una sirvienta?

Pedro vaciló.

--No sé si era una sirvienta.

--¿Usted creyó que era una sirvienta?

--La verdad, no.

--¿Creyó que era la señora de don Fernando?

--Cree que sí.

Pedro estaba a punto de agarrar a moquetes a la Celedonia. Decir, delante de aquella criatura, que don Fernando vivía con una señora, es decir, con una mujer, con otra mujer que por lo visto no era la suya legítima, ya que la legítima estaba a la vista, y hacérselo decir a él delante de ella le pareció el ~~como de las insolencias~~ Miró de nuevo a Clara y vio que Clara lo miraba, más aún, lo miraba con un interés que él nunca, en ninguna otra oportunidad, lograría despertar en ella.

--Bueno, yo no sé.

--Diga no más.

--Yo creí que era la señora... Ella recibió las cosas. Don Fernando me dijo que se las entregara a la señora Otilia y ella me dijo que la señora Otilia era ella. Yo supuse y creí que era la señora de don Fernando... Yo no sabía.

Sí, no sabía que Clara era la verdadera señora, la legítima señora. ¿Cómo podía suponer que tuviese otra mujer y que esa mujer fuese esta otra? Pero así era y Clara tuvo una revelación que jamás esperó. Supo siempre que su marido era un vicioso, un hombre débil, pero aún, un hombre que podía llegar a cualquier baja con tal de satisfacer, en determinado momento, su pasión, su estúpida pasión alcohólica; pero nunca creyó o esperó que llegara a tener otra mujer. Le juró una y mil veces que la quería sólo a ella, que nunca querría a otra, que nunca la dejaría, que ~~para~~ podría ser todo lo borracho que cualquiera se pudiese ima-

ginar, pero que nunca tendría otra mujer; ella sería siempre la única. ¿Por qué cambió, qué le pasó para que cambiara? Pedro, sin duda, lo ignoraba, aunque era posible que también lo supiese, a pesar de que creía que no sabía nada.

--¿Cuándo fue usted por primera vez a casa de mi marido? ¿Poco después <sup>de</sup> que él entrara al diario o mucho después?

--Yo trabajaba en el diario cuando él llegó. Trabajaba también don Juanito Fuentes, un periodista.

--¿Un periodista?

--Sí, un repórter.

--¿Trabaja todavía en el diario?

Pedro Martínez puso una cara triste.

--No; don Juanito no trabaja en ninguna parte; está enfermo, en el hospital.

--¿Qué tiene?

--Está tísico. Cayó enfermo en cuanto se fue don Fernando. El caballero lo ayudaba mucho.

--Bueno -- intervino de nuevo la Celedonia, que no quería que la perdiz se le escabullera --: ¿cuándo fue usted por primera vez a la casa de don Fernando? ¿Mucho después de que él entró a trabajar al diario? ¿Poco después?

Pedro examinó atentamente a la Celedonia y comprendió que era una igual, una mujer del pueblo, <sup>que</sup> sabía lo que quería y <sup>que</sup> no quería que se le escapara. Iba derecha a su asunto.

--Poco después. Dos o tres días después.

--¿Y la... señora ya estaba allí?

--Ya estaba. Creo que estaba desde antes de que don Fernando entrara al diario.

La pregunta siguiente era: ¿qué clase de mujer era? ¿Joven, vieja, buenamoza, fea? Pero nadie podía atreverse a hacerla. Era una mujer y eso bastaba. ¿Qué importaban los detalles? Importaba el hecho: Fernando Larraín Sanfuentes tuvo o tenía en Antofagasta una mujer con quien vivió mientras

trabajó en el diario y con quien, presumiblemente, vivía aún. Pero había otra pista y había que aprovecharla: el periodista Juanito Fuentes, como lo nombraba Pedro. Y como Celedonia intervenía sólo cuando la perdiz amenazaba con escabullirse entre los matorrales, Clara prosiguió el interrogatorio.

--¿Fue amigo de mi marido el señor Fuentes?

Pedro Martínez sonrió, complacido por cambiar de conversación, y su sonrisa fue amplia.

--Sí, claro, eran muy amigos, aunque don Juanito le tenía mucho respeto. Don Fernando lo llevaba mucho para su casa. Lo quería mucho y le tenía mucha lástima.

--¿Porque estaba enfermo?

--No, don Juanito se enfermó después. Es que ganaba muy poco sueldo y don Fernando decía que había que ayudarlo con una comida diaria porque don Juanito sólo ganaba para una.

Y Pedro soltó una risotada, cubriéndose en seguida la boca con una mano: consideraba de buena educación no abrir demasiado la boca delante de personas poco conocidas. Era una risotada que traducía no la gracia que le hubiese causado un chiste, ya que nadie había dicho ningún chiste, sino la ternura que surgía al hablar del sentimiento que un hombre manifiesta por otro, sobre todo esa clase de sentimiento.

--Don Fernando era muy buena persona --+ agregó --. Todos lo quisimos en el diario y nos dio mucha pena que le pasara lo que pasó. Pero, ¿qué podíamos hacer nosotros?

La vez se le llenó de quebrante y Clara sintió que si aquel hombre seguía por ese camino terminaría por hacerla llorar. Todo estaba perdido para ella. Nunca más volvería a ser la mujer de Fernando Larrain Sanfuentes, aunque, en verdad, continuaba siéndolo: el matrimonio no había sido anulado; pero entre ella y él existían ya enormes distancias, profundos abismos; es cierto que una gran ternura palpitaba entre esas distancias y esos abismos, pero ¿qué sacaría con ello?

La Celedonia tuvo que intervenir de nuevo. "Con estos pavos -- pensó --,

si los dejo solos, no llegaremos a ninguna parte." Era una mujer rústica, apenas ~~si sabía~~ leer y escribir, pero tenía inteligencia natural, ~~bastante~~ ~~aguda~~, y era sagaz, casi adivinadora; además, muy servicial, interesada en cooperar en todo aquello que le pareciera bien intencionado. No había podido, sin embargo, construir su propia vida. Su marido le había resultado un hombre "puros pantalones" y de ahí no pasó. Ella trabajó durante años, desde muy joven, y juntó un poco de dinero, el dinero que puede juntar una sirviente de confianza en una buena casa, y se casó con él, que no era más que mozo de almacén. ¿Y si nos fuéramos para el pueblo y pusiéramos un boliche? Renunció a su trabajo en casa de Clara, a quien había criado y quería como a sus entrañas, y se fue con el marido a su pueblo, al pueblo de él y al pueblo de ella. Pero Silverio resultó mejor jugador de brisca que despachero y antes de un año estaban de vuelta en la capital. "Aquí estamos. Este tonto ganó en el pueblo todas las briscas que jugó, las robadas y las rematadas, pero el almacén se fue al hoyo. Después vino el terremoto y gracias a Dios que salvamos el pellejo. Nos quedamos con el puro encapillado." Volvió de nuevo a servir y él volvió a trabajar en almacenes. Murió de un accidente -- se le cayó encima una horrible cantidad de sacos de harina -- y murió sin dejarle hijo. "Era puros pantalones, señora. Muy hombre, muy buen mozo, pero pantalones no más, y se necesita algo más que pantalones. Pobre Silverio."

--¿En qué hospital está ese señor Fuentes?

--En uno que está aquí cerquita. Si la señora quiere le aviso que usted va a ir a conversar con él ahora o mañana. ¿Quiere, señorita? No me cuesta nada ir.

A Pedro Martínez no le costaba nada ir a cualquier parte, estaba dispuesto a ir ahora o un rato después, cuando usted quiera, señora, ahora mismito, señorita.